

deshonrada, y vuelve a su casa presa de la desesperación más grande.

Entonces llega Gonzalo, que explica a su esposa la verdad. Refiérela que ha pretextado un viaje para poder ir a ver a Julia, antigua amante suya, que le persigue y le amenaza, y acabó todo entre ellos. Acaba de cortar los lazos antiguos que le unían a la cortesana y viene a confesarlo noblemente a la esposa y a pedirle perdón.

Angela se siente horrorizada. Ella no merece aquel hombre. Sus celos se truecan en amor inmenso y su enojo en dolor profundo. La deshonra que ha caído sobre ella, la avergüenza y la llena de remordimientos.

Enrique, cumpliendo la palabra que dió a Angela después del inuoble abuso que en ella realizó, se decide a emprender un largo viaje, pero Gonzalo amigo de toda la vida de Enrique, ignorando lo que ha ocurrido, obliga al desleal a irse a París con él y con Angela.

En el camino, un accidente hace que Gonzalo descienda del reservado en que iban los tres, y partiendo de improviso el tren, tiene que meterse en otro wagón, desde el que ve el cuadro de luz que disciende en las sombras de la noche la ventanilla del reservado. Allí ve las siluetas de la esposa y del amigo, y cree ver que las dos siluetas se acercan, algo horrible que le pone frenético, y entonces se arroja fuera del carruaje para volar al lado de Angela.

Caen en tierra y recibe fuerte golpe. Del peligro de muerte en que se halla en el primer momento se salva, pero pierde la razón.

Aquel loco que razona es una de las más grandes creaciones de Fichegaray.

No sabe si lo que vio en el wagón lo vio ó lo soñó. Si lo vio, se halla deshonrado. Si no lo vio, es que ha enloquecido.

El padre de Gonzalo sabe toda la verdad; perdona a Angela y mata en desafío a Enrique, que arrepentido de

su culpa, se deja herir en el duelo.

Gonzalo recobra el juicio y abraza a Angela, que queda entre el padre y el hijo, santificada de su inocente culpa.

Tal es, en pocas líneas, la tesis del drama.

LA ECUYERE.

BOCETO.

Todos habréis oído decir de cierto príncipe de barba rubia, que lleva en París una vida disipada.

Es un verdadero héroe de novela. Y así lo van comprendiendo Alfonso Daudet y otros ilustres escritores franceses.

El príncipe es apasionado de las aventuras galantes con las artistas. Todas las noches lo encontrareis en los cuartos de las actrices, de las bailarinas, ó de las *ecuyeres*.

A última hora, también se ve en el casino, bebiendo ron como un soldado. ¡Oh! nuestro personaje es más digno de ceñir la diadema de talco de un histrión, que una corona real.

Una noche, este elegante bohemio acudió al circo ecuestre atraído por la fama de una hermosísima *ecuyere*.

En Delfina—este es el nombre de ella—no se sabía qué admirar más; si su belleza ó su habilidad hipica.

Monteflor, el acróbata famoso, amaba locamente a Delfina, y decíase que era correspondido.

Monteflor, alto, fuerte y moreno, era un Hércules de bronce.

Delfina, rubia, escultural, transparente, una Venus tallada en nácar.

El príncipe de dorados cabellos, un sátiro vaciado en oro.

La noche que éste visitó el Circo, hizo Delfina una aparición brillante.

La *ecuyere*, vestida de raso bordado de piedras preciosas, y envuelta la gen-